

EL ÚLTIMO EJERCICIO

I Mientras se anudaba la corbata repasó mentalmente el tema quince y un pálpito en la quijada se afanó por inculcarle miedo escénico, a mediados del siglo dieciocho se inició la confección del Catastro del Marqués de la Ensenada¹. Su mujer le abrazó encima de la almohada, la picardía arrollada en murmullos, lo tienes chupado. El desayuno le supo a riesgo, diez años de interino en el puesto de archivero, por fin la oposición asomada en el horizonte con todo el peso de la ley. Se cepilló las solapas de la americana y una llovizna de caspa picoteó la alfombra, el afeitado apurado, el torso alentado. La satisfacción del aseo arreboló sus carrillos de buen chico, una educación pulcra resumida en un colegio de salesianos, la excelencia del currículum vitae engordada con una maestría en la facultad. Más tarde, detenido en un semáforo, las uñas simétricas, se hurgó en la nariz con el disimulo aferrado al rabillo del ojo y se ensimismó dándole vueltas al apéndice ocho, la relación de localidades por orden alfabético enmarañada. El amanuense de la época se había esmerado con los partidos judiciales, una lista exhaustiva de vecinos o cabezas de familia, un índice de nombres propios, la jota, Jesús, José, Juan. La bocina del vehículo de atrás quebró el embeleso y una turba furibunda izó los puños en el espejo retrovisor para que arrancara. Derrapó al huir de la jauría, los nudillos con una pizca nerviosa en las arrugas, la saliva espesa. Una imagen de tribunal draconiano se bosquejó en su seso, una camarilla de viejos burócratas esperando una barbaridad de su inteligencia, el fracaso exiliado en el sótano del edificio. El vigilante jurado que controlaba el acceso en la planta baja le saludó efusivo. Los corrillos de funcionarios bullían alrededor de la máquina de café, un ojeo por encima de los hombros, alguna palmada ocasional, una nube de envidias paridas a la vera de la ociosidad. El complemento de destino adjudicado a su plaza refulgía codicioso, un veintiocho, un oh exclamado por lo bajines en cuanto atravesó la frontera de la sala de comisiones. Al ser el único aprobado en el primer ejercicio carecía de rivales para el segundo, pero de todos modos blandió la seriedad con la levedad intolerable de jugarse demasiado.

¹ **Catastro del Marqués de la Ensenada:** Operación catastral bautizada con el nombre de su impulsor el Marqués de la Ensenada, D. Zenón de Somodevilla, ministro de Fernando VI, que tenía por objeto conocer los propietarios de los bienes y la titularidad de las rentas generadas en la Corona de Castilla hacia 1750.

Extraiga una bola, y mientras metía la mano en la bolsa percibió un picor singular en las falanges, el índice dudoso y el pulgar estremecido, al fin el secreto desvelado, el quince, la niña bonita.

Comenzó a escribir con soltura y los párrafos apilados en su cerebro se agarraron fieles a la hoja. A medida que avanzaba en la exposición se vio a posteriori en el salón de estrados leyendo su examen, la nuez impasible, la sabiduría expresada a conciencia por las noches de estudio robadas al sueño, si es de realengo o de señorío, la contestación inabarcable. Las dos horas le parecieron exiguas, pero sin embargo consiguió llegar a la meta, qué especies de tierra se hallan en el término, el juicio de sus conocimientos autenticado por una fila de palabras, hortaliza, sembradura, viña, pasto, bosque, matorral, monte y demás. Recordó las cejas enarcadas de su padre en el pueblo ante la modernidad y expelió un jadeo perruno al terminar con la cosecha de árboles, frutales, moreras, olivos, higueras, almendros, parras y otros. La sed lijó impetuosa su tráquea y rememoró el pasillo del archivo preñado de legajos, el tacto de la vitela de los volúmenes del catastro, el olor a reliquia, los dos lustros dedicados a inventariar las cajas pendientes. Al rubricar el ejercicio una aflicción súbita le atravesó la coronilla y se encaminó contrariado hacia el almuerzo antes de leer, la citación para hacerlo establecida a las cinco de la tarde. En el televisor del bar emitían secuencias de una algarada juvenil rematada con dos heridos graves por arma blanca, el corazón insensible frente a la sinrazón, solo la hilera de interrogaciones en vilo. Dulcificó el sofoco con dos tragos de agua, qué especies de ganado hay en el pueblo, excluyendo las mulas de coche y caballos de regalo, la ensaladilla rusa con una mayonesa moteada de amarillo rancio. El resabio revenido frunció su ceño y la manzanilla se estampó en su vientre con pronóstico de indigestión, la posibilidad del malestar prevenida con un sobre medicamentoso. La retahíla se multiplicaba en una alucinación de minas, salinas, molinos harineros o de papel, batanes u otros artefactos, el mostrador repleto de parroquianos amodorrados. Los miembros del tribunal le aguardaban alrededor de una mesa ovalada, tome asiento, el secretario general de la corporación tajante, la piel del archivero interino tranquila por la enumeración repetida hasta la saciedad. Atildó la dicción e imitó a un presentador de telediario, buenas tardes, la ese vocalizada con deje de autoridad, ateniéndome al epígrafe del tema quince, los puntos y aparte perplejos.

Muchas gracias, y un rictus soso se dibujó en los semblantes del jurado, el examinando con la lengua fuera, arrastrado por la sucesión de tabernas, mesones, barcas sobre ríos, mercados y ferias.

II Telefonó a su esposa con desgano, sí, Lucía, creo que sí, y su acento sonó extraño, borroso, como el de un pretendiente conyugal sin expectativas, un beso en el aire al despedirse hasta la cena. La jornada sesteaba larga y el tablón de anuncios decaía con un vacío espectacular. La confidencia de una secretaria caracoleó en la escalera de alabastro, probablemente saquen la nota mañana a primera hora, una noche por delante con el insomnio aupado al trono de la incertidumbre. Paseó por el espolón bajo el amparo frondoso de los plátanos. En su tripa aún descollaban retortijones con regusto a huevo y en ese instante alguien tecleaba en el ordenador una calificación fidedigna, reunidos en el día de la fecha los abajo firmantes, un nombre con apellidos seguidos de una línea gruesa, un número lindo, un ocho. Luego regresó hasta el palacio provincial por si acaso algo coleaba ya en el corcho de la pared y la empleada de la limpieza le regaló un guiño cómplice, las ocho campanadas de un reloj antiguo hermanadas con la nota sellada y rubricada. Le quedaba por resolver el supuesto práctico, el último ejercicio, pero ya lo daba por hecho, funcionario de carrera en propiedad, qué bien sonaba eso, en propiedad. La camisa, con un sendero de sudor en el cuello, le estrechaba el pecho. Oscurecía y los viandantes se retiraban a sus hogares. Lucía ya se habría duchado y le esperaría forrada con una crema hidratante de almendras, hum, el vigor apenas mellado por el cansancio. La cuarentena se aproximaba orgullosa en lontananza. Recordó cuándo la profesora de primaria les preguntó qué edad tendrían en el año dos mil. Hicieron la cuenta y el gesto pueril se alumbró con la matemática, el cuatro, el cero, las risas por doquier, las manos enlazadas al jugar al corro de las patatas en el patio, los hijos propios invisibles. Había supeditado todo a su carrera profesional, pero ahora, con la plaza prácticamente debajo del brazo, debería afrontar las exigencias maternas de Lucía. Se la imaginaba resuelta, con afán de hembra voraz, cariño, es el momento, las mejillas desbordadas por la impaciencia, las excusas podadas. Un pánico desmesurado a los pañales, a la responsabilidad de los vínculos, a la devoción paterna, le hincó un estilete acerado en el porvenir. Se plantó en el portal de su casa con tristeza de roble desnudo, la llave trémula. Dos rapaces brincaban en el otro lado del cristal y el padre de las

criaturas, la pesadumbre por bandera, ofrecía una cara de exequias recientes, el ficus del zaguán amustiado. Fue la gota que colmó el vaso. Dio media vuelta con garbo de atleta, izó la vista hasta el cuarto izquierda y calibró la luz dorada del salón. Lucía estaría fantaseando, ceñida a un discurso esculpido desde la adolescencia, enojada con la cena fría, las velas todavía con el plástico virgen de la tienda. Un batiburrillo de datos hervía porfiado en su alforja de opositor, las frases tercas, aunque no se cumplió la finalidad para la que se planeó la inmensa operación catastral, sus artífices consiguieron un objetivo secundario de índole informativa sin parangón.

Lucía, quiero estar solo, y la interlocutora balbuceó en un remolino de explicaciones, por qué, dónde, hasta cuándo, la conversación talada por el silencio del auricular, un estallido bronco en el adiós.

Caminó hasta que las corvas se rebelaron y después tropezó con un tugurio donde una venus de ojos melosos le atendió con dobles intenciones, hola guapo. La camarera de pestañas espirales le taladró sin miramientos y él permaneció impertérrito, asemejado a un ejecutivo en viaje de negocios con su traje hecho a medida. Bebió dos copas de ron con hielo y un calambre retozó insidioso en sus pulmones, los escasos clientes embriagados por una música de eses penumbrosas. Se mantuvo a la expectativa y su espíritu crujió acobardado ante la realidad. Necesitaba definir el impulso, amontonar prioridades, defender la verdad, confesar el pavor, la hembra de la barra con un escote de primavera. Se celaron sin entenderse, como dos almas atoradas por el doblez de la estima. Acopió el valor suficiente y se levantó, las caderas pusilánimes, un aprensivo hundido en la ciénaga de lo cotidiano. Detuvo un pie e ideó un idilio, pero el otro prosiguió con la huida, la puerta batiente actuando de celestina decepcionada, el frescor de la calle convertido en cuchilla. En el hotel de tres estrellas no se sorprendieron por la ausencia de equipaje, señor, sus datos copiados en el libro de registro por un moreno de frente abrupta. El ejercicio del día siguiente sería el último antes de abalanzarse sobre la plaza en propiedad, quizás la transcripción de una ejecutoria adornada con miniaturas coloreadas, la paleografía inscrita en su especialidad. Al poco se empequeñeció en el vértice de dos sábanas ermitañas, el preámbulo del sueño atosigado por un alud de vacilaciones, la inquietud traviesa.

Despiérteme a las ocho, por favor, y la espada de la duda rajaba el reflejo opaco de la lámpara, los párpados flojos, la vida manchada con la tintura de la madurez.

III Se desperezó boquiabierto. En la pesadilla había corrido por la tundra delante de un tigre y cuando el felino le atrapó, en vez de devorarlo en un periquete, le transportó vivo hasta su cubil. Tres crías rayadas aguardaban su merienda, una familia feliz junto a la pitanza fresca, ay, la primera dentellada rasgando el frágil velo del reposo. La alcachofa de la ducha repiqueteó en su nuca y el desayuno copioso en el bar del hotel le transmitió un bienestar inmediato, un afeitado con navaja en una peluquería madrugadora. El cielo despejado pronosticaba alegría matutina y en las aceras se apreciaba ya la monotonía del tráfico. Estaba citado a las diez en punto. Aunque sabía de sobra que solo valorarían la destreza de su experiencia, aún repasaba el temario con la tenacidad de quien ha dedicado semestres a su retención, si hay algún empleo, alcabalas u otras rentas enajenadas. El castellano del siglo dieciocho se rendía a la evidencia de las uves. Él se abstraía imaginando a los escribas frente a los habitantes de la localidad, una tonalidad ocre en la dehesa, una suspicacia harta en los entrecejos. Se apostó en una esquina para espiar a los miembros del tribunal y enseguida aparecieron en comandita, calvos, encorbatados por tradición, asemejados de espaldas a una cofradía de centollos encaminados al paredón de la cazuela. Luego penetró en el palacio provincial con zancadas de titán. Algunas compañeras de pincho de tortilla le saludaron con sorna, el cuadrilátero del café tan concurrido como siempre, hombre, tú por aquí, los cotilleos magnificados, la puerta de la planta noble disfrazada de escenario ideal para triunfar. Dentro de la sala todos los concurrentes contaban de antemano con autenticar su ascenso a la categoría suprema del grupo a, del cuerpo de facultativos archiveros. De hecho el acta de posesión descansaba ya redactada en un cajón del despacho presidencial, un mero trámite, una menudencia comparada con la ingente tarea de educar a la descendencia.

Buena suerte, y los dos vocablos se propagaron por su honor con velocidad de incendio, la vanidad del trabajo puesta en entredicho, la flema grabada en las gracias.

Leyó el enunciado con una brasa avarienta en las cuencas, catalogue el documento adjunto de acuerdo a las normas internacionales, lo esperado confirmado por un vistazo de

relámpago, algo fácil, dócil, fútil. Una catarata de aspiraciones se incrustó en el fuelle de su mente, qué ocupaciones de artes mecánicas hay en el pueblo, con distinción, como albañiles, canteros, albéitares, herreros, sogueros, manguiteros y otros, un tatuaje académico en las neuronas. Disponía de dos horas ansiosas por ser consumidas, dos zorras leales, parapetadas en la calidez de la rotundidad. Paladeó de nuevo la camaradería del título y barruntó un sobresaliente cum laude. Entonces un vaivén de berridos infantiles y complementos específicos dislocó la balanza de su equilibrio y una angustia cruda gateó en el laberinto de su cordura. Lucía movilizaría a los allegados con gritos de histeria acorralada, no sé qué le ha pasado, algo muy raro. Los suegros acapararían pedruscos de lapidación por si acaso, el cuñado abogado presto con la sentencia de divorcio, una coletilla en boca de todos los asalariados provinciales, quién lo hubiera dicho, parecían un matrimonio perfecto. La lucha que libraba en su interior se traducían en una página en blanco. Los miembros del tribunal, remotos en su poltrona de canas, fumaban con parsimonia, ignorantes de aquella hecatombe que cercenaba el tiento del candidato. Solo uno, el representante del comité de empresa, barajó la posibilidad entre las volutas, a ver si nos falla, los otros irónicos, con la baba custodiada por la prima de productividad. Al cabo, quince minutos antes del tiempo estipulado, se levantó con la barbilla erecta y entregó el folio virgen con una firma de niño castigado, los hombros embusteros, un matiz viscoso en las ojeras, señores. La tensión se encaramó rauda al sopor, los asistentes con la mosca detrás de la oreja, qué despropósito. La voz se corrió mordaz en un santiamén de pólvora, sonrisas hipócritas, teorías conspirativas, chistes malévolos, la chismografía encantada. El vigilante escondió el adiós en la pistolera del uniforme y ni siquiera los conductores oficiales que vegetaban al calor de los radiadores se mostraron tolerantes. Los subordinados del archivo le lisonjearon, lo lamentamos profundamente, todos reacios, estupefactos con el resultado de la oposición. Tornó al espolón y se acogió a la hospitalidad de los tejos junto al malecón. Un clan de picazas derramaba bienvenidas y un chucho orinaba junto a la estatua de un rey medieval, el paisaje adecuado para asumir el infierno de la incomprensión. La clarividencia perfiló la demolición de su futuro mientras la maternidad de Lucía se construía en torno a otro marido, el cargo de conciencia atroz, la cabeza gacha, orlada de sonajeros mudos.